

Descifrar Japón y su idioma desde sus raíces lingüísticas primigenias

Deciphering Japan and its language from its earliest linguistic roots

Santiago J. MARTÍN CIPRIÁN

Universidad Tōkai
smartcip@tokai-u.jp

Para concluir este número, hemos realizado una breve entrevista con el lingüista y niponólogo Santiago J. Martín Ciprián, partiendo de sus investigaciones sobre la lingüística japonesa y la literatura japonesa antigua, así como los retos que presentan desde la óptica hispánica.

En primer lugar, muchísimas gracias por participar en este número. Empezamos por el principio: ¿podría contarnos cómo fue su acercamiento a la literatura japonesa y, en particular, a la literatura japonesa antigua?

Martín Ciprián: Después de terminar mis cursos de doctorado en el Departamento de Lengua Española de la Universidad de Salamanca, por mediación de *Cursos Internacionales*, que entonces dirigía mi inolvidable, querido y ahora por desgracia añorado Pepe Asencio, me ofrecieron un contrato en la Universidad Tōkai, en el campus de Shōnan, en Japón. En cuanto llegué al país, en abril de 1994, empecé a estudiar japonés y a acercarme a su historia, comprendí que, para un profesional de la lingüística, este era posiblemente el idioma más apasionante que existía. Ahí decidí abandonar los estudios hispánicos y convertirme en orientalista. Durante las dos licenciaturas que cursé en mis años de universidad, Clásicas e Hispánicas, tuve la suerte de contar con

profesores extraordinarios, grandes figuras, especialistas en diferentes campos de la lingüística histórica y de los estudios de lenguas clásicas, como Carmen Pensado (Lingüística Románica), José Antonio Pascual (Historia de la Lengua Española) —sin el ejemplo y el magisterio de estos dos primeros yo nunca habría hecho nada en la vida, o, por lo menos, no habría hecho nada como lingüista—, Carmen Codoñer y Juan Lorenzo Lorenzo (Latín), Antonio López Eire, Julián Méndez Dosuna, Paquita Pordomingo y José Antonio Fernández Delgado (Griego) o Francisco Villar, Pilar Fernández y Ana Agud (Lingüística Indoeuropea). Además, gracias a gente tan seria y rigurosa en su trabajo con la lengua y de tan generoso magisterio, como Antonio Llorente, Luis Santos, Julio Borrego, Ciriaco Ruiz o Eugenio de Bustos, contaba también ya con los fundamentos teóricos en los campos más importantes de la lingüística sincrónica (Fonología, Morfología, Sintaxis y Semántica) para emprender mi camino.

Ahora, después de enumerar todo este catálogo de grandes figuras, a las que tuve la suerte de encontrar en las aulas, además de emocionarme, me he dado cuenta de la suerte de la que disfrutamos aquellos años al contar con un plantel tan extraordinario en las aulas del Palacio de Anaya, Hospedería, Anayita... y las Caballerizas (el bar de la Facultad), en donde también aprendimos que —como siempre me recuerda Luis Santos— la verdadera importancia de la universidad está no en los títulos y honores vacíos, sino en el contacto humano entre personas que se apasionan por un mismo menester. Esto que ahora cuento hizo que inevitablemente me inclinara por los estudios de la lengua antigua. Finalmente da la impresión de que todo se confabula para que uno vaya por el camino que tiene que ir: a los dos o tres días de llegar a Japón, cuando tenía el cuerpo aquí, pero el espíritu todavía en algún lugar perdido de Siberia, me encontré en la librería de mi universidad con un ejemplar baratísimo, que nadie quería y que casi regalaban, de *The Japanese Language Through Time*, la grandiosa obra de Samuel E. Martin, que, aunque yo no tenía ni idea entonces, era el trabajo imprescindible que necesitaba para iniciarme en el estudio de la gramática histórica japonesa. La compré no muy convencido, porque aquello era a simple vista verdadera álgebra de difícil comprensión para mí. No quiero exagerar, pero creo que, si a él le llevó diez años escribirla, yo tardé poco más o menos lo mismo en empezar a entenderla. Después, y como una absolutísima casualidad también, uno de los primeros españoles con los que me encontré en Japón fue Alfonso Falero —el encuentro más importante, decisivo y entrañable de toda mi vida académica—, quien, creo que todos estaremos de acuerdo, es actualmente la mayor autoridad en estudios *Shintō* fuera de Japón. Él entonces estaba terminando su tesis, redactada en lengua japonesa, en la universidad Kokugakuin de Tokio, el *sancta sanctorum* de los estudios clásicos, lo que entonces me parecía una proeza increíble y que, cuanto más pasan los años, más me lo parece. Nos hicimos amigos y aún recuerdo una conversación que tuvimos como si fuera ayer mismo: «Oye, ¿tú qué vas a hacer con tu vida?», me preguntó. «No sé; traducir el *Genji*, como poco», le respondí (los de mi barrio somos así de chulos). «¿Y por qué, en lugar de a la lengua clásica, no te dedicas a la antigua y traduces los *Norito*, por decir algo?» Y yo le respondí muy convencido: «Hombre, sí; pero solo si tú te comprometes

ahora a ser mi director de tesis» (él, como digo, todavía no había leído la suya). Se comprometió y al final yo fui la primera persona que se doctoró en la nueva Sección de Estudios de Asia Oriental de la Facultad de Filología, que el mismo Alfonso acabó fundando, en la Universidad de Salamanca, con una tesis sobre la lengua de los *Norito*, los rituales *Shintō* antiguos, lo que creo que me hace el mayor experto español (más que nada porque soy el único) en ese campo. También cuento con el orgullo de haber sido el primer profesor de Historia de la Lengua Japonesa de ese departamento (y de cualquier departamento de España, por lo menos por lo que yo sé) y espero poder decir lo mismo de la asignatura de Japonés Clásico, que, *Deo volente*, comenzaremos el próximo curso.

Pero, respondiendo más en concreto a la pregunta, la verdad es que en el fondo yo no me he dedicado nunca a la literatura. No soy propiamente un filólogo (siempre he dicho, mitad en broma y mitad en serio, que eso me parece más difícil y cansado que convertirse en santo), sino un lingüista, alguien que se ocupa de los problemas menudos que presentan las palabras, sus formas, sus significados, la relación entre ellos y su evolución a través del tiempo; pero las palabras del pasado generalmente se conservan en los textos, muchos de ellos literarios. Quien tenga un conocimiento suficiente del griego antiguo, por ejemplo, no necesita dar una traducción escrita de los evangelios: los puede leer así sin más y comprenderlos. Esa persona podría, perfectamente, ser un experto en griego bíblico, escribir un tratado gramatical de esa lengua sin necesidad en absoluto de realizar una traducción en su vida. Dice un buen amigo mío, Pedro Echánove, que los problemas fundamentales que tenemos los humanos son de comunicación, de lenguaje; pero del lenguaje que nos hablamos nosotros a nosotros mismos. Yo, por propia experiencia, llegué pronto en la vida a la conclusión de que uno no entiende de verdad un texto si no se para y se lo explica a sí mismo, o sea, si no lo pone, negro sobre blanco, en su lengua nativa. Esa fue la causa por la que yo me decidí, en mi primer trabajo serio sobre lingüística japonesa, a traducir al español el texto que estaba comentando morfo-fonológicamente. Lo cierto es que, cuando uno está metido en la harina de la traducción, los temas que aparecen siempre son los mismos, los eternos que han aparecido desde que en Mesopotamia nacieron las primeras culturas plurilingües de las que tenemos noticia; esos temas de siempre, que acaban por apasionarte, por atraparte con demasiada facilidad, y de los que tratan tanto los manuales de traductología que sería para mí una impertinencia hablar de ellos más, precisamente en esta entrevista que va dirigida a un público académico entre el cual se encontrará gente que sabe mucho más de esto que yo.

¿Cuál es la visión de los japoneses sobre su propia literatura antigua? ¿Cómo se ve desde fuera de Japón?

Martín Ciprián: El ciudadano medio japonés, por lo que ha estudiado en el bachillerato, conoce poco más que los nombres de las obras fundamentales y algunas frases sueltas de su literatura antigua, por ejemplo *Haru wa akebono* («En la primavera, el

alba»), el principio de *Makura no sōshi* (*El libro de la almohada*), el gran clásico del siglo X. Los españoles, creo yo, tampoco frecuentamos mucho *La Celestina* o *El Mío Cid*. Aunque Japón debe de ser uno de los países en los que existe más amor a la lectura del mundo, la situación con los clásicos es similar a la nuestra.

Llevo demasiados años viviendo en Japón para tener una idea clara de cómo se ve la literatura japonesa antigua en España. Pero pienso que cada vez hay más interés por ella. Hoy en día incluso existe una editorial, *Satori*, especializada en temas japoneses, de cuya colección de clásicos, *Studia Japonica*, mi amigo y maestro, el Prof. Falero, y yo nos enorgullecemos de ser codirectores. Esto, por ejemplo, no existía cuando yo era estudiante.

Su ámbito de investigación toca de cerca el estudio del idioma protojaponico y sus desarrollos posteriores. ¿Cuál es el rol de la reconstrucción de las protolenguas y la evolución del idioma para comprender el Japón contemporáneo y su lengua?

Martín Ciprián: Los humanos que hoy vivimos, en términos genéticos y también históricos y culturales, no somos sino una actualización del pasado; esto es, en palabras de Ortega, *un pasado hecho presente*. Es imposible comprender de verdad una civilización sin conocer profundamente su lengua, el vehículo con el que expresa y ha expresado desde su formación primera sus pasiones, sus esperanzas o sus miedos. Resulta imposible conocer de verdad una lengua ignorando su evolución histórica y sobre todo su raíz última, el estadio más antiguo recuperable del que esa aventura partió. Las palabras, transmitidas desde la prehistoria, son posiblemente los elementos más antiguos y venerables que una civilización conserva. Si alguien usara un instrumento de la edad del bronce casi todos los días para abrir latas de sardinas, eso nos parecería algo digno de mucha atención y hasta de asombro. A ustedes les puede parecer una bobada de especialista, pero yo a veces pienso en, por ejemplo, todos los imperios que han caído en los últimos cinco o cuatro mil años; en que todas sus construcciones, todos sus objetos materiales, se han desvanecido o están encerrados como elementos venerables e inertes en los museos. Por contraste, algo tan corriente como la humilde *d* de *día* (*di-eu- 'dios del cielo claro, cielo claro' en indoeuropeo), ese sonido cotidiano, normalito, vulgar, sigue ahí, corriendo por la calle, tan pancho, tan terso, habiendo pasado a través de esos mismos milenios, sin cambiar, silenciosamente, sin casi llamar la atención. Así que cuando decimos ¡*buenos días!* estamos usando una reliquia de la prehistoria, de la edad del bronce, para una acción cotidiana, normalita, vulgar; metafóricamente hablando, estamos abriendo latas de sardinas con un instrumento de la edad del bronce, y no le damos ninguna importancia a un hecho tan extraordinario. En definitiva, utilizamos inconscientemente, como aquel que no quiere la cosa, una reliquia que para mí tiene el mismo valor que muchos de los tesoros que como oro en paño guardamos bajo siete llaves en el Museo Arqueológico Nacional. Seguramente yo pronuncie esa *d* de forma muy parecida a la de un antepasado mío que quizá cazaba bisontes en las llanuras de Europa hace milenios... Cuando me *como el coco* con estas cosas, pues lo cierto es que siento algo difícil de explicar.

La mayor parte de los japoneses modernos desconocen realidades tales como que su lengua (o quizá, si queremos ser puntillosos, la protolengua que le dio origen) se habló con toda seguridad hace milenios en la Península Coreana y que muy probablemente esa protolengua tuvo contactos con la protoaustronesia, la que dio origen a idiomas que hoy en día se hablan en lugares tan lejanos entre sí —y de Japón— como Madagascar y Hawái. También un español no sabrá que nuestro idioma, una lengua de la gran familia indoeuropea, está emparentada con muchas de las modernas y antiguas de la India, y que incluso unas *primas* suyas, el tocario A y el tocario B, se hablaban hace un milenio y pico en el noroeste de lo que hoy es la República Popular China. Es posible que a casi todos esos ciudadanos tales conocimientos no les den ni frío ni calor, pero a un intelectual de verdad, a una persona que indaga en el conocimiento, incluso solo por la mera satisfacción que tal conocimiento produce, el tener constancia de esas realidades a las que podemos llamar sin duda misteriosas, es una de las experiencias más enriquecedoras con las que nos podemos enfrentar. Un físico, indagando los confines del universo, el origen de la materia o la estructura última de esta, sentirá un escalofrío cuando toca con sus dedos una nueva verdad que nadie hasta entonces había logrado desentrañar. Cuando haciendo uso del método comparativo, del de reconstrucción interna o de cualquiera de las herramientas que utilizamos los lingüistas históricos, los arqueólogos del lenguaje, somos capaces de desentrañar un misterio de una palabra, de su forma o su significado, un misterio que el tiempo había enterrado hace milenios y que nosotros comprendemos por primera vez desde entonces, supongo que sentiremos la misma satisfacción que el físico del que hablaba.

¿Es todo esto algo útil para comprender el Japón contemporáneo? Por supuesto que depende de cómo definamos «comprender» y de cómo definamos «útil». Personalmente pienso que sí; más aún: que es útil para comprender el fenómeno humano en su conjunto; pero admito que la motivación que me lleva a bucear en el tiempo, en los diccionarios de raíces, los textos y los manuales de gramática histórica, no es tanto la persecución de un fin utilitario, sino una curiosidad, un afán incluso infantil, podemos decir, de jugar con las palabras o más bien de indagar a qué juegan ellas con nosotros, escondiéndonos los significados, emborronándolos con el paso del tiempo y obligándonos a ir tras de ellas por tantos laberintos creados por su propia naturaleza, laberintos por los que obviamente nos perdemos casi siempre, pero que, cuando encontramos algún camino a lo largo de su trazado, experimentamos una satisfacción que, ya digo, me es muy difícil de explicar.

¿Qué retos o escollos plantea la literatura antigua japonesa a la hora de traducirse al español y otras lenguas occidentales?

Martín Ciprián: Muchísimos. Si hay que resumirlo en uno diré que el problema principal con el que se encuentra el traductor es dar con el tono, el modelo de lengua dentro de la tradición de la española en el que insertar el texto, un modelo que no puede ser uniforme, porque no podemos traducir haciendo uso de los mismos recursos literarios

un poema del *Manyōshū*, la primera antología cortesana, que un *haiku* del siglo XVIII. La labor del traductor es hacer transitar su barco sin demasiado daño entre las Escila y Caribdis que suponen, de un lado, la tentación fácil de caer en lo que yo llamo *tono de baratillo oriental* y, al mismo tiempo, no llegar a uno neutro que sea incapaz de transmitir la esencia de un mundo tan radicalmente diferente al nuestro, como es el de las culturas del Extremo Oriente.

Existen problemas léxicos importantes, sobre todo en la literatura antigua, más que en la clásica. ¿Qué podemos hacer para determinar el valor semántico de una palabra cuando nos encontramos con un *hapax*, una que solo está atestiguada en un determinado contexto? En ese caso solo podemos recurrir a la investigación etimológica si esa palabra es un préstamo o aparece en alguna otra variedad japónica, como las lenguas de Ryūkyū, el japonés antiguo oriental o el llamado *parajapónico* o japónico insular, esto es, los restos fragmentarios que aparecen por ejemplo en los topónimos coreanos antiguos, que son claramente reliquias de lenguas hermanas del protojapónico (la protolengua origen de todas las variedades japónicas insulares); pero aunque tengamos suerte y sea así, no contamos con la seguridad de que la deriva semántica no haya traído el significado de ese elemento léxico a un valor diferente del que tenía en la protoforma que nosotros reconstruimos, por lo que es muy difícil que podamos estar seguros del verdadero valor de esa palabra. En cualquier caso, el lingüista debe dominar, por supuesto, no solo su oficio, la fonología histórica, la teoría de la reconstrucción, la teoría del cambio y todo lo demás, sino también tener un conocimiento lo más enciclopédico posible de la realidad arqueológica, histórica y antropológica. Eso le abrirá muchas puertas que el mero trabajo lingüístico no abre.

También nos enfrentamos a problemas gramaticales de difícil solución: ¿cuál es el verdadero valor de ciertas formas verbales que han desaparecido en la lengua posterior? Si uno consulta varias gramáticas de la antigua o la clásica, se encuentra con que una misma forma tiene variadas interpretaciones. Para el estudiante es un galimatías, pero también lo es para el traductor, porque muchas veces no sabe con qué quedarse, qué valor aspectual o modal tiene determinado morfema. Hay demasiado que todavía desconocemos.

Luego está el problema eterno del orden de palabras. Pondré un ejemplo: en los *Norito* suele haber, al final de cada párrafo un verbo de lengua, que tiene, además de su función semántica, otra formularia, de marcar el ritmo de la liturgia. ¿Qué hacemos a la hora de traducirlo? Si lo colocamos en su posición normal en japonés, o sea, al final de la frase en nuestra traducción castellana, estamos falseando la sintaxis: conseguiremos un efecto estético y estilístico, quizá atractivo en nuestra traducción, pero falso de toda falsedad, porque en japonés el orden de los elementos en esa frase es el natural, mientras que en castellano no lo es. Pero si hacemos caso a ese orden natural castellano, entonces perdemos el efecto rítmico al final de la frase que el verbo repetido marca en la liturgia y no olvidemos que un *norito* es un texto ritual, que esa es su función primera y que una buena traducción tiene que reflejar esa realidad. En definitiva, como dice el pintor Antonio López, *el arte está también en saber renunciar*, en renunciar a

lo menos para conseguir lo más. Nunca podremos traducirlo todo, pero sí podremos intentar hacer que nuestra traducción sea superior a las de los que nos precedieron y, ojalá, las traducciones de la próxima generación, apoyándose en las nuestras, sean a su vez mejores todavía.

¿Qué tipo de conocimientos o aptitudes considera necesarios para abordar la traducción de textos de esta índole?

Martín Ciprián: Primero y fundamental: conocer profundamente la lengua, claro, como es obvio por lo que digo antes, pero también la literatura japonesa dentro de toda su extensión y en todo su contexto hasta la época actual. Es esa historia de la literatura la que nos da las pautas de la evolución de los valores estéticos de Japón; pero nunca considerada meramente como «exótica», «bonita», insular, local, de campanario, sino como una literatura con mayúsculas, dentro del marco de la de las lenguas de la esfera del Asia Oriental y, más aún, en el de las literaturas del mundo, de la literatura de la especie humana. Si el traductor no es consciente de esto, seguramente será miope también para el valor verdadero del texto que traduce.

Luego está, como decía antes, el tener un conocimiento lo más enciclopédico posible del mundo, perdido y olvidado para el resto de la humanidad, que nosotros pretendemos resucitar. Y es que, exagerando mucho, pero a lo mejor no tanto, la labor del traductor de las obras del pasado es resucitar a los muertos, devolver un mínimo de vida a esas personas que no están con nosotros, pero que nos hablan, que nos gritan desde los textos, contándonos que lo que hicieron tenía para ellos un sentido, un sentido que a nosotros nos es dado recuperar, por lo menos algo, a lo largo de las generaciones. Esa es a lo mejor una de las funciones principales de lo que llamamos *cultura*. Decía Cortázar en uno de los capítulos más hermosos de *Rayuela* algo así como que *el pasado cierra las puertas y tira las llaves*. Es verdad, pero también es cierto que, si buscamos mucho y con convicción, si nos esforzamos lo suficiente, podremos mirar por el ojo de la cerradura del tiempo y recobrar un poco de la vida de nuestros antepasados de hace siglos o incluso milenios. Eso no se hace así como así, sino que requiere esfuerzo y, sobre todo, conocimiento. Dolores García González, una extraordinaria profesora mía del Departamento de Clásicas, de quien aprendí mucho más de lo que ella cree, me decía que llegó un momento en que habría sido capaz de caminar con los ojos cerrados por el Palacio de Cnosos. Si no conocemos nuestro pasado, el mundo alrededor de nuestra traducción, con una exactitud así, como Dolores conocía el Palacio de Cnosos, es posible que haya elementos sutiles del texto que se nos escapen y nuestra versión nunca estará todo lo viva que pudo haber llegado a estar.

Al futuro traductor del *Genji Monogatari*, la gran obra de la literatura clásica, le recomendaría que, por supuesto, estuviera al tanto de los entresijos de la corte de la época de Heian, su literatura y, nunca lo repetiré lo suficiente, de su lengua; pero sobre todo le diría que es indispensable que tenga un dominio absoluto de nuestros textos medievales, renacentistas, del Siglo de Oro; porque es en ellos en los que va

a encontrar los recursos y el modelo de lengua con que verter fielmente la obra. Sin ese dominio una traducción así estará abocada al fracaso. Porque muchas veces se olvida que, tan importante como la lengua del texto, es aquella a la que llevamos este. Hemos de conocer los recursos de la primera, pero también tenemos que ser capaces de exprimir los de la segunda para poder, si no reproducirlos, sí imitarlos de la mejor manera posible. Lo ideal sería, por supuesto, que los recursos literarios del traductor estuvieran al nivel de los del individuo que ha producido el texto original. Obviamente es muy difícil encontrar a un traductor español del *Ulises* de Joyce que sea capaz de producir en nuestro idioma una obra de nivel literario cercana a la del genio irlandés. Es demasiado pedir, claro, pero ya puestos a pedir, si uno lo piensa bien, eso sería lo ideal. Como no todos los traductores podemos aspirar a tanto, nos tenemos que conformar humildemente con un estadio más modesto; pero, cuanto mejores escritores seamos en nuestro idioma, más posibilidades habrá de que nuestras traducciones se acerquen al ideal buscado por nosotros.

¿Resulta imprescindible la colaboración entre especialistas japoneses e hispanohablantes para acometer esta labor?

Martín Ciprián: La colaboración entre nativos de ambas lenguas la veo imprescindible. Por ejemplo, todas las traducciones al inglés del *Genji* (al menos las que merecen la pena), por lo que yo sé, han contado con la supervisión de hablantes nativos.

¿Podría ofrecernos una breve presentación acerca de la situación general y el desarrollo de los estudios de la historia de la lengua japonesa en los últimos tiempos?

Martín Ciprián: En los últimos treinta años los estudios de historia de la lengua japonesa, sobre todo fuera de Japón, han experimentado un florecimiento notable. Cuando yo me inicié en este campo no existía un manual de historia de la lengua de alto nivel. Desde hace unos diez años contamos con la obra de Frellesvig, *A History of the Japanese Language*, que es sin duda una ayuda extraordinaria para los jóvenes que hoy dan sus primeros pasos en ella. Cuando se lea esto ya habrá salido al mercado un tomo sobre lingüística histórica dentro de la colección que publican NINJAL y Mouton, que, por lo que yo sé, será utilísimo también para ese propósito (aunque por desgracia a un precio prohibitivo para el estudiante). Hoy en día el japonés es la única lengua «importante» del mundo que no cuenta con un diccionario etimológico que merezca ese nombre. Alexander Vovin y su equipo trabajaban en uno monumental que iba a ver la luz en dos o tres años. Por desgracia el gran Sasha Vovin, el gigante de los estudios de la lengua japonesa antigua de nuestra generación, falleció hace unos días. Para la comunidad japonológica ha sido un golpe enorme. Sasha era un sabio bueno, generoso y sobre todo irremplazable. Tenía por delante sin duda los mejores años de su vida académica. Según me dijo hará unos seis o siete, cuando todavía no era más que una idea en su cabeza, consideraba ese diccionario como la culminación natural de su

obra. Deseo fervientemente que su extraordinario equipo sea capaz de sobreponerse y, en su memoria, culminar la obra del gran maestro.

¿Qué posición ocupa actualmente en los Estudios Japoneses el kanbun, esa forma de chino clásico empleado en Japón desde el periodo? ¿Hay que reivindicarlo?

Martín Ciprián: El *kanbun*, digamos, los textos en lengua china producidos en Japón, por desgracia, es el pariente pobre de los estudios japoneses. Se trata de algo normal, creo: un sinólogo español se dedicará lógicamente a los textos clásicos chinos. Un joven estudioso de la literatura japonesa trabajará preferentemente en textos en esta lengua. Con todo, no concebíamos que un experto japonés en la lengua española medieval desconociera totalmente el latín. Paralela es la situación de un especialista español en la lengua antigua japonesa: el impacto del chino clásico es tan extenso e intenso dentro de toda su esfera de cultura (también en Corea o Vietnam, por ejemplo), que el desconocimiento completo de esa lengua por parte de un orientalista occidental me parece injustificable. Por supuesto que hay que reivindicarlo. No hacerlo supone quedarnos en la ignorancia.

¿Cuál es, pues, el potencial del kanbun para los especialistas contemporáneos?

Martín Ciprián: En España, inmenso: solo la traducción al español y el estudio de los textos producidos, pongamos, en la época de antigua (siglo VIII), fundamentales para la comprensión de ese período histórico, llevarían varias vidas. Es un campo casi virgen. Si yo estuviera empezando mi carrera como orientalista sin duda me dedicaría en exclusiva a esa labor.

Al hilo de esta reivindicación, ¿qué lugar debe ocupar en general la historia de la lengua japonesa en el marco de los Estudios Japoneses en un país de la esfera hispanohablante, como es España y su universidad?

Martín Ciprián: Los estudios japoneses son muy amplios: historia, en todas sus facetas; literatura moderna, premoderna, medieval, antigua; sociología y estudios sociales en general; lingüística, sincrónica y diacrónica... Obviamente no se puede pretender que un futuro experto en sociología del Japón contemporáneo sienta que el conocimiento de la evolución del idioma es fundamental en sus estudios: con el dominio de la lengua contemporánea le es suficiente; pero un especialista en literatura moderna japonesa que no conozca nada del *Man'yōshū* va a estar perdido. Si ese mismo especialista no sabe que la textura fónica del idioma antiguo era absolutamente diferente a la de la lengua actual, no va a comprender cómo sonaba de verdad la poesía del *Man'yōshū*. Así de simple.

¿Cómo valora la evolución de los Estudios Japoneses en el ámbito español durante su trayectoria profesional y académica?

Martín Ciprián: Muy positivamente. Cuando yo era estudiante de Filología en la Universidad de Salamanca, no había ninguna publicación académica periódica de estudios japoneses. Hoy tenemos ahí *Mirai*, la revista de la Universidad Complutense, de la que me honro en ser editor, que creo que poco a poco va a llegar a convertirse en una de las más importantes del mundo y que ya lo es en el de la lengua española. A finales del siglo XX no había ni una sola universidad en España que hubiera fundado una sección de Estudios Orientales. Hoy en día hay varias en todo el país que ofrecen no solo el grado, sino también el nivel de máster y el de doctorado. No existían verdaderos especialistas en el campo, no solo en la Universidad de Salamanca, sino en todo el país. Hoy en día la situación es diferente. En la USAL, por ejemplo, podemos decir con mucho orgullo que contamos con el más importante especialista en pensamiento japonés que ha habido nunca en nuestro país, que es precisamente mi maestro, el profesor Alfonso Falero. Para mí ha habido pocas satisfacciones en mi vida como la de haber podido enseñar como profesor visitante en el grado de Estudios de Asia Oriental, un grado que fundó el mismo Alfonso y que se creó con el apoyo de mucha gente, tanta que no puedo nombrar aquí, pero sí obligatoriamente tengo que recordar a la Asociación «Universidad de Salamanca en Japón», de la que yo soy directivo y miembro fundador, y en especial al Embajador Hayashiya, tan querido y añorado por todos, al actual Director, el Embajador Tanaka, que mantiene el espíritu y el entusiasmo de aquel, y a la Sra. Miotani, que ha sido el espíritu guardián de todos nosotros, siempre discreta e indispensable, a lo largo de un cuarto de siglo. También contamos con el Centro Hispano-Japonés, algo único en el ámbito universitario español. Ahora tenemos dos másteres, el veterano MAO y el nuevo MELyCA, en cuya docencia seguiré poniendo mi granito todo el tiempo que la salud y la gente de la Universidad de Salamanca me lo permitan. Confío en que, con el apoyo de todos, en una generación, o a lo sumo en dos, logremos llegar al mismo nivel en esos estudios que otros países de nuestro ámbito, que nos llevan más de un siglo de ventaja, han conseguido. Y confío, finalmente, en, aun con bastón o incluso *taca-taca*, llegar a verlo yo mismo.

¿De dicha evolución, qué consecuencias pueden intuirse en beneficio o detrimento de la comunicación y mediación entre Japón y el entorno cultural de España?

Martín Ciprián: Podría decir que no creo que sea casualidad el que los países que más se benefician del comercio con Japón sean precisamente aquellos cuyas universidades cuentan desde más antiguo con cátedras de estudios japoneses; pero no lo voy a decir. Solo terminaré con esto: el comprender al otro es la labor más apasionante que un ser humano puede emprender. Cuanto más diferente es de nosotros ese otro, más enriquecedora es tal labor. Supongo que lo mismo que decimos de las relaciones entre los seres humanos se puede sostener de las que existen entre los pueblos. Japón y, por extensión, las civilizaciones del Extremo Oriente son las que presentan un contraste más acusado con la Occidental. *Lo bello es difícil*, decían los griegos: aprender las lenguas, el pensamiento, las literaturas y acercarse a la vida de la gente

del Extremo Oriente es un trabajo arduo, duro, lleno de fatigas, renunciaciones, dificultades, frustrante, deprimente a veces, e incluso desesperante hasta la extenuación. Lleva décadas y décadas conseguir fruto y uno tiene la sensación siempre de que nunca llega a comprender nada de sustancia. A pesar de eso, creo que pocas labores existen más gratificantes, fructíferas, hermosas y dignas de emprender en la vida para un ser humano. Para mí, por lo menos, así ha sido.

No podemos terminar esta entrevista sin reiterar nuestro sincero agradecimiento al profesor Martín Ciprián por compartir estas informaciones y reflexiones tan personales y esclarecedoras sobre la lengua japonesa para el mundo hispanohablante, especialmente España. Muchas gracias de corazón por compartir con nosotros sus experiencias como profesor e investigador en la lingüística del idioma japonés.

PERFIL DE SANTIAGO J. MARTÍN CIPRIÁN

Santiago J. Martín Ciprián es un orientalista y niponólogo español, experto en la fonología y la morfología del idioma japonés antiguo y en la lengua de los rituales *Shintō*. Actualmente trabaja en el estudio de las relaciones entre el chino medio y la lengua japonesa antigua, el *kanbun* nipón y las conexiones de este con el resto de la tradición cultural sinítica.

Licenciado en Filología Clásica y Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, fue el primer doctor egresado de la Sección de Estudios Orientales de esta Universidad. Profesor Titular en la Universidad Tōkai (Japón) y Visitante en el Grado de Estudios de Asia oriental, en el Máster Oficial en Estudios Avanzados de Lenguas, Literaturas y Culturas de Asia Oriental y en el Máster Universitario en Estudios en Asia Oriental de la Universidad de Salamanca. También es Coordinador de la Unidad de Historia y Textos Clásicos del Grupo de Investigación Reconocido «Humanismo Eurasia» en esta universidad. Asimismo ocupa un cargo directivo en la Asociación Universidad de Salamanca en Japón y también es editor de la sección *Taller de Traducción* de la revista *Mirai* de Estudios Japoneses de la Universidad Complutense de Madrid y codirector, junto a Alfonso Falero, de la colección *Studia Japonica* de Estudios Clásicos Japoneses de la Editorial Satori.